

El desquite.

[Cap. XII de "Recuerdos de un
y de unocidad" y "El espejo de la muerte..."]

("El Mercurio", Bilbao, 7. setiembre 1891)

4-37



EL DESQUITE

Después de cavilar muy poco he rechazado el uso que emplea la voz galicana revancha, y me atengo al abuso, quiero decir, al purismo que nos manda decir desquite. Que nadie me lo tenga en cuenta.

Esto del desquite es de una actualidad feroz, ahora que todos estamos picados de internacionalismo belicoso.

Luis era el gallito de la calle y el chico más roncoso del barrio. Ninguno de su igual le había podido y él á todos había zurrado la badana. Desde que dominó á Guillermo no había quien lo aguantara. Se pasaba el día cacarcando y agitando la cresta, si había partida la acaudillaba, se divertía en asustar á las chicas del barrio por molestar á los hermanos de estas, se metía en todas partes y á caliar todo Cristo, á callar se ha dicho!

Que se descuidara uno!

—Si no callas te inflo los papos de un revés...!

Era un mandarin, un verdadero mandarin! Y como pesado, vaya si era pesado! Al pobre Enrique, á Enrique el tonto, no hacía mas que darle papuchadas, y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

!Le tenían una rabia los de la calle!

Guillermo, desde la última felpa callaba y lo dejaba soltar cucurruécús y roncacas, esperando ocasión y diciéndose: ya caerá ese roncoso.

A éste, los del barrio, aburridos del gallo, le hacían «chápale, chápale» yendole y viniendole con recaditos á la oreja.

—Dice que le tienes miedo.

—Yo?

—Dice que te puedes!

—Dice que como rebolincha...!

—Sí! las ganas!

Se encontraron en el Campo una mañana tibia de primavera; había llovido de noche y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba la savia en el cuerpo, los brazos les bailaban y los corazones á sus acom-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.



pañantes que barruntaban morraideo.

Sobre si fue el uno ó fué el otro quien derribó un cochorro de una pedrada tuvieron palabras!

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, esperando á que por él y junto á él se decidiera la hegemonia del barrio.

—Si...! tú! tú echar roncas nada más no sabes...!

—Roncas? Roncas yo? Si te doy uno!

Hacia como que se iba con desden digno, y volvía.

—Calla y no me provoques!

—Aivál provoques.... exclamó uno de los mirones, provoques.... provoques.... que farolín para que se le diga que sabe!

Los circunstantes les azuzaban.

—Anda, pégale!

—Chápale á ese!

—Le tienes miedo?

—Miedo yo?

—Mójale la oreja!

—Tírale saliva!

—Llámale aburrido!

—Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron el trapo á reír al oír esto. Luis se puso como un tomate y se acercó á imponer correctivo al burlón.

—Déjale quieto! le gritó Guillermo.

—Y á tí también si chillas mucho!

—A mí?

Luis le dió un empujón, se lo devolvió Guillermo, siguió un moquete y se armó la gresca. Los mirones les animaban y saltaban de gusto. Uno de estos se puso á reír por Guillermo:

—Ojalá gane Guillermo, ojalá amén.... ojalá gane.... ojalá gane....

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo con más brío. Al principio llevaban la mano á la parte herida y tomaban tiempo para devolver el golpe, despues menudeaban los embistes sin darse reposo.

—Ojalá gane.... ojalá gane.... ojalá gane....

—¡Echale la zancadilla!

Cayeron al fin al suelo mojado, Luis debajo,



46-2/20



y al caer aplastaron al cochorro que imploraba piedad con sus patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo, y mientras este forcejeaba, el otro, resudado, roja la faz, irradiando alegría, feroz los ojos, le decía entre resoplidos:

—¿Te rindes?

¡No!

Y le descargaba un puñetazo en los hocicos.

¿Te rindes?

¡No!

Otro puñetazo más, y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En aquel momento uno de los mirones exclamó:

—¡Agua.... agua.... agua!

Era que venía el alguacil, el muy pillo cautelosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo echando á correr. Y el alguacil al escapársele la presa, les amenazaba desde lejos con el baston.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo, y sin hacer caso á Eugenio que le repetía:

—¡He rezado por tí! ¡he rezado por tí!

Poco despues entró el vencido sangrando por la boca, embarrado, hosco y murmurado:

¡Ya caerá! ¡ya caerá!

¡Qué corte rodeó desde aquel día á Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento, ya no tenían al roncoso, ya podían decirle:

—Te ha podido Guillermo.

Quien más atenciones prodigó á este fué Eugenio.

El cual tenía un hondísimo sentimiento de la dignidad humana. Si le pegaban 6, 15 ó 21 golpes él devolvía 7, 16 ó 22; cuando el maestro le administraba una azotina contaba él los zurriagazos y si estos eran n , despues, en desquite, tenía que tocar el faldon de la levida del maestro $n + 1$ veces. Siempre quedaba encima.

Luis no volvió á abrir pico, pero ni cerró noche ni abrió día sin que murmurara:

—¡Ya caerá! ¡ya caerá!

Ardoroso alimento de su augusta majestad caída,





— ¡Valiente chiquillera! ¡Mira con qué nos sale!

¿Dice esto el lector? *[con las pascas infantiles]*

¡Bien! pues ahí está el origen del sentimiento de justicia, porque nació esta del desquite. Toda la monserga de la vindicta social se reduce á la revancha social, ni tilde más ni tilde menos. ¿Me pega...? ¡le pego y en paz!

¡Vaya una paz!

Los pueblos pasaron de la venganza al castigo. Este es una pura reaccion, como el estornudo. Entra un granillo de polvo en la mucosa... la larinje castiga al granillo estornudando.

Cuando veo á dos rapaces darse de mojicones en la calle, me digo:

Esa es la educacion social y lo demás pampina. Así, libre y al aire libre, cada uno aprende así que frente á su voluntad hay otras voluntades y que no hay otro remedio que imponerse ó someterse á ellas, ó concertarse todas, ó escapar bajo el ojo del alguacil.

Todavía nos ha de enseñar grandes cosas el «ya caeras!» internacional que sale de lo hondo del pecho herido.

Pero ¡ajo, mucho ojo! no hay que perder de vista al alguacil, que avanza cautelosamente, como tigre de caza, que desde lejos amenaza con el baston, y puede aguararnos la fiesta.

MIGUEL DE UNAMUNO.

